

las tinieblas ni en los lugares solitarios, donde manifestaba su poder, sino públicamente, en medio del pueblo, y en el mismo templo, á vista de los doctores de la ley. Su vida era pública; él no ocultaba sus acciones como ni tampoco su doctrina, y sus acciones no eran mas que una serie no interrumpida de prodigios. ¿Quién habría podido engañarse sobre unos hechos tan multiplicados y ruidosos? Y aun suponiendo en algunos hombres, ó el error ó la impostura, ¿hubieran podido engañar á un pueblo entero por espacio de tres años, hacerle creer que él veía cada dia lo que no veía, persuadir á unos ciegos que habian recobrado la vista, á sordos que oían, á paralíticos que andaban, y á leprosos que su lepra ya se habia desaparecido? ¿Qué mas prodigio que esta misma creencia tan arraigada y general?

Porque, ni durante la vida de Jesucristo ni despues de su muerte, nadie impugnó la verdad

Ego palam locutus sum mundo; ego semper docui in synagoga et in templo, quo omnes Judaei conveniunt: et in occulto locutus sum nihil. JOANN., XVIII, 20.

de alguno de estos hechos. Siempre han pasado por constantes entre los judíos. El Talmud y todos los rabinos lo confiesan expresamente. Se dice en el *Toldoth* que Jesucristo resucitó un muerto para probar que él era el *Hijo de Dios*, anunciado por Isaías¹. A lo menos no es la pre-

¹ *Virtutes autem facturum (Christum) á Patre. Isaías dicit: Ecce Deus noster judicium retribuit, ipse veniet, et salvos faciet nos. Tunc infirmi curabuntur, et oculi caecorum videbunt, et aures surdorum audient, et claudus saliet sicut cervus, et multorum lingue solvantur, et cetera que operatum Christum nec vos diffitemini. (TERTULLIAN., Adv. Jud., cap. IX.) Véase S. CHRYSOST., Exposit. in Psalm. VIII, cap. v. n. 4.*

² *Talmud, tract. Sanhedr., pág. 45, 104 y 107. — NIZZACHON. Ap. Wagensell. Tela ignea Satan., t. II, p. 54. — Act. S. Pion., Ap. Bolland, 1^a die mens. febr. — Herban, judío, en su disputa con S. Gregencio, dice que los judíos han hecho morir á Jesus, porque era un mágico, y que curaba los enfermos en sábado, lo cual estaba prohibido por la ley. (Biblioth. Patr., t. I, p. 196 y 265, gr. lat.) — Se lee en San Isidoro, arzobispo de Sevilla, que quando se alegaban los milagros de Jesucristo á los judíos, respondian ellos que los profetas habian hecho igualmente un gran número. *Dicit incredulus quod et Prophete miracula multa fecerunt. (De Nativit. Domin., cap. XVII.)* — Bullet cita otros muchos testimonios de judíos en su *Hist. de l'établissement du Christianisme.**

³ *Lib. Toldoth Jeschu, p. 7 y 8.*

vencion quien ha dictado estos testimonios, confirmados por los paganos¹; de Celso², de Porfirio³, de Juliano⁴, de Hiérocles⁵. ¿Creeráse que estos inveterados enemigos del Cristianismo hubieran reconocido la verdad de los hechos evangélicos, si les hubiera sido posible negarla? ¿Creeráse la hubieran ellos confesado sin examen? ¿Creeráse que hubiera escapado á su odio sagaz el mas mínimo motivo de duda? ¿Creeráse por último, que hubieren hablado los primeros cristianos con tanta confianza de los milagros del Salvador, si se les hubiera podido responder en contra? Decia Cuadrato en su apología dirigida al emperador Adriano: «Jesucristo

¹ S. JUSTIN., *Apolog.* I, n. 36. — ARNOB., *Adv. Gent.*, lib. I, p. 25. — LACTANT., *Institut. divin.*, lib. IV, cap. XIII, y lib. V, cap. III. — EUSEB., *Demonst. evang.*, lib. III, cap. VIII. — EVAG., *In Spicileg. Marten.*, tom. V, p. 2 y 3. — VOLUS., *Ap. August.*, Epist. 153 y 156.

² *Ap. Origen. contr. Cels.*, lib. I, n. 6, 38, 67, 68, 71; lib. II, n. 48; lib. III, n. 27; lib. VIII, n. 9 y 47.

³ Véase BULLET, *Hist. de l'établissement du Christianisme.* pág. 107. Paris, 1764.

⁴ *Ap. Cyrill. adv. Julian.*, lib. VI.

⁵ *Ap. Euseb. contr. Hierocl. ad calc.*, *Demonstrat. evangélic.*, p. 512.

«ha hecho milagros á vista del universo, porque estaba lejos de toda sospecha. Ha curado enfermos, y resucitado muertos. Algunos han sobrevivido largo tiempo al Autor del prodigio, y no han muerto sino hasta nuestros dias».

Es evidente que los hechos de una época remota no pueden ser conocidos, ni probados sino por el testimonio. ¿Qué es lo que se pide para creer los hechos de Jesucristo, sus milagros y los de los Apóstoles? ¿Testimonios que no sean sospechosos? Enhorabuena. ¿Qué hay de menos sospechoso que *los testigos que se dejan degollar*? ¿Dudaréis de su fe, en lo que ellos atestiguan? Decidme como podian ellos probarlo mejor. Y ¿es esta fe misma, tan fuerte, tan constante y generosamente manifestada, lo que disminuye la fuerza de su testimonio? ¿Creeríais mas lo que afirman si lo hubieran creído menos ellos mismos?

Mas en fin, vosotros decis; ¿eran cristianos! Yo os entiendo; ¿todos los testimonios que pertenecen á Jesucristo os parecen sospechosos, ex-

¹ *Ap. Euseb. Hist. eccles.*, lib. III, cap. xxxvii.

cepto los de los enemigos del Cristianismo? ¡Muy bien! ¿Son los judíos enemigos del Cristianismo? ¿Los juzgais bastante contrarios para que merezcan ser creídos en lo que de él dijeren? Ellos atestiguan los mismos hechos que los cristianos, nunca variaron por un solo instante en este punto. ¿Eran los paganos enemigos del Cristianismo? ¿Tres siglos de horribles persecuciones os parecen una prueba suficiente de su odio? No queréis creer á las víctimas, ¿creeréis por lo menos á sus verdugos? Ellos se acuerdan con los judíos y los cristianos para reconocer la verdad de los hechos maravillosos referidos en el Evangelio.

Vuelvo á preguntar : ¿Pedis testimonios uniformes? Los hay, acaban de presentarse, y acabais de oírlos. ¿Pedis testimonios numerosos? Os hemos mostrado un testimonio universal. ¿Qué podeis apetecer? ¿Qué mas desear? ¿Hay algo mas allá del todo? Si desechais este inmenso testimonio de los pueblos y de los siglos, sed sinceros y no digais mas : « Que se nos den pruebas ; » sino : « Déjese de darnoslas, hemos resuelto no admitir alguna y no queremos ni aun escucharlas. »

¡Qué pasmosa es la locura del incrédulo! pero al mismo tiempo ¡qué criminal! Y ¡cuán fácil es comprender como en el día terrible en que todo se revelará, *justificará Dios su palabra* y como *él vencerá en su juicio* ! Las almas perdidas pasarán delante de él, acusándose á sí mismas y diciendo entre dientes el himno del infierno, iránse, guiadas por la desesperacion y las tinieblas, allí, donde el eterno orgullo engendrará al dolor eterno.

No piensen los deistas que niegan los hechos del Evangelio, estar de acuerdo sobre esto con todos sus gefes. Rousseau llama á los Evangelistas *autores verídicos*²; él no *establece alguna duda cuanto al fondo de todos los hechos*³. No le es posible renunciar del buen sentido hasta este punto. « ¿Dirémos que se inventó de cabeza la historia del Evangelio? Amigo mio, nadie inventa así; y los hechos de Sócrates en que ninguno pone duda, están menos comprobados que

¹ *Ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas cum judicaris.*
Ps. L, 6.

² *Lettres écrites de la Montagne*, p. 416.

³ *Ibid.*, p. 415.

« los de Jesucristo. En la realidad, esto es huir de la dificultad sin destruirla; mas incomprendible fuera que cuatro hombres hubieran de acuerdo formado este libro, que el que uno solo haya dado materia para él; y que presente el Evangelio caracteres tan grandes de verdad, tan de bulto, tan perfectamente inimitables, que mas asombroso todavía sería el inventor que el héroe. »

Establecida ya la verdad de los hechos evangélicos, veamos, si se puede asegurar que los milagros de Jesucristo y de los Apóstoles fuesen verdaderos milagros, *excepciones reales de las leyes de la naturaleza.*

Curar todas las enfermedades, pronunciando algunas palabras, ó por un mero acto de la voluntad, multiplicar un corto número de panes para alimentar á toda una multitud, andar sobre el mar, resucitar los muertos: son los principales milagros del Salvador. El tenía prometido á sus discípulos que ellos obrarian otros tales y

¹ Emilio, lib. IV.

mas aun; y nosotros leemos en el libro de los Actos el cumplimiento de su promesa. La sombra sola de San Pedro curaba, pasando sobre los enfermos que traian en camas á las plazas públicas¹. La historia de los Apóstoles está llena de sus obras milagrosas, hechas como las de su Maestro en medio del dia, á vista de muchos testigos, en las circunstancias mas inopinadas, y cuando era menos posible sorprender á los crédulos.

Hemos ya hecho notar que Jesucristo proponia sus milagros en prueba de su mision. Así fue, que visto su primer milagro por sus discípulos, creyeron en él². Poco tiempo despues, estando en Jerusalem al tiempo de la Pascua, es decir,

¹ Amen. amen dico vobis. qui credit in me, opera quæ ego facio. et ipse faciet, et majora horum faciet. JOANN. XIV, 12.

² Itá ut in plateas egerent infirmos, et ponerent in lectulis ac grabatis, ut, veniente Petro, saltem umbra illius obumbraret quemquam illorum, et liberarentur ab infirmitatibus suis. (Act. V, 15.) Véase S. AUG., In Joann. evang. Tractat. LXXII, n. 4. Oper., tom. III, part. II, col. 686.

³ Hoc fecit initium signorum Jesu in Cana Galilee: et manifestavit gloriam suam, et crediderunt in eum discipuli ejus. JOANN. II, 11.

cuando casi todos los judíos se reunían para asistir, con arreglo á la ley, á esta santa solemnidad, *muchos de entre ellos creyeron en su nombre, viendo los milagros que él hacia*¹. Véase aquí á los que vivían familiarmente con Jesús, quienes podían observarle á cada instante, examinar sus obras en mil ocasiones diversas, hechos aquí convencidos, y también muchos otros judíos² de la realidad de sus milagros. Todo el pueblo y los extrangeros mismos estaban igualmente persuadidos de ello. Una muger cananea³, un oficial romano⁴, piden á Jesús la cura

¹ *Cum autem esset Jerosolymis in Pascha in die festo, multi crediderunt in nomine ejus, videntes signa ejus, que faciebat.* JOANN. II, 25.

² *Illi ergo homines cum vidissent quod Jesus fecerat signum, dicebant: Quia hic est veré Propheta, qui venturus est in mundum.* Ibid. VI, 14.

³ MATTH., XV, 22 y sig.

⁴ *Ibid.*, VIII, 5 y sig., y LUC., VII, 2 y sig. — Este milagro es uno de los mas particulares de Jesucristo. El hijo de Dios premia la fe del centurion, curando á su criado paralítico, que él no habia podido traer donde estaba Jesús, porque *estaba en cama y padeciendo muchos dolores*: — *Puer meus jacet in domo paralyticus et malé torquetur.* Yo quisiera se me dijese por qué ley de la naturaleza obraba Jesucristo instantáneamente á dis-

cion, una de su hija, el otro de su criado, y ambos logran lo que pidieron. Propágase el rumor de sus prodigios á lo lejos, de todas partes se apresura la gente para contemplarlos; se dan priesa los enfermos, los estropeados, los ciegos le embisten, por decirlo así, y nunca se retiran sin haber experimentado los efectos de su poder, inagotable como su bondad. Cada página del Evangelio nos ofrece algun ejemplo admirable. Quien puede acordarse sin enternecerse de aquella pobre muger que adolecía por espacio de doce años de un flujo de sangre, acercándose llena de temor á Jesús para tocar la orilla de su ropa, diciendo: *Si yo no hago mas que tocar su vestido quedaré curada*; y curó en la misma hora¹.

Creía en el poder del *Hijo del Hombre* aquel principe de la sinagoga que decia: « Señor, acaba de morir mi hija; pero venid, imponedla las manos y ella vivirá². » Su hija en efecto se

tancia de un enfermo, y qué eficacia curativa tienen naturalmente estas palabras: *Sucedate como has creído*: — *Sicut credidisti fiat tibi.*

¹ MATTH., IX, 20 y sig.

² *Ibid.*, 18 y sig.

le restituyó á la vida ; pero ¿ de dónde venia la confianza tan completa, la fe tan viva que tenia en Jesus este hombre?

Seguíanle por la traza de sus beneficios : Después de haber curado al criado del centurion, « iba á una ciudad llamada Naim. Y sus discipulos con él, y un concurso numeroso. Y cuando « llegaba á la puerta de la ciudad, he aquí que « llevaban muerto á un hijo único, y su madre « era viuda ; y un gran acompañamiento iba con « ella. Habiéndola visto el Señor, se compadeció « de ella y le dijo : no llores. Se acercó al féretro y « le tocó. (Los que le llevaban se pararon.) Y él « dijo : Joven, levántate, yo te lo mando, levántate. Y el que estaba muerto se levantó, sentándose en el ataúd, y comenzó á hablar. Y Jesus « se le dió á su madre ². »

¹ Pertransiit benefaciendo, et sanando omnes..... quoniam Deus erat cum illo. Act., X, 58.

² Deinceps ibat in civitatem, quæ vocatur Naim : et ibant eum eo discipuli ejus, et turba copiosa. Cum autem appropinquaret porte civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ : et hæc vidua erat ; et turba civitatis multo cum illâ. Quam cum vidisset Dominus, misericordiâ motus

¿ Qué se puede añadir á este hecho de una tan divina sencillez? ¿ Qué á la resurreccion de Lázaro, de cuatro dias encerrado en la tumba y ya corrompido? « Quitóse la piedra ; y habiendo « Jesus levantado los ojos al cielo dijo : Padre « mio, gracias os doy porque me habeis oido. « Cuanto á mi yo sabia que vos siempre me ois ; « pero he dicho esto á causa del pueblo que me « rodea, á fin de que crea que vos me habeis « enviado. Entonces dió una gran voz y dijo : « Lázaro ven afuera ; y al momento salió el que « estaba muerto. Ligado con las fajas de pies y « manos, y atado el rostro con un sudario. Jesus « les dijo : Desatadle y dejadle que se vaya ¹. »

super eam, dixit illi : Noli flere. Et accessit, et tetigit locutum. (Hi autem qui portabant, steterunt.) Et ait : Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et cepit loqui. Et dedit illum matri suæ. Luc., VIII, 44 y sig.

¹ Tulerunt ergo lapidem. Jesus autem, elevatis sursum oculis, dixit : Pater, gratias ago tibi quoniam audisti me. Ego autem sciebam quia semper me audis : sed propter populum, qui circumstat, dixi ; ut credant quia tu me misisti. Hæc cum dixisset, voce magna clamavit : Lazare, veni foras. Et statim prodiit qui fuerat mortuus, ligatus pedes et manus institis ; et facies illius sudario erat ligata. Dixit eis Jesus : Solvite eum, et sinite abire. JOANN., XI, 41 y sig.

¿Qué voz es esta que se deja oír en el sepulcro, y á la que los muertos obedecen? El Evangelista advierte que « muchos judíos que habian venido á ver á María y Marta, y que habian visto lo que Jesus hizo, creyeron en él ». Los pontífices mismos y los fariseos creyeron tambien este milagro, y se dijeron unos á otros: « ¿Qué harémos, porque este hace un gran número de signos? » Y en la ceguera de su falsa política y de su rencor, que los conducía, sin pensarlo, hasta el cumplimiento de las profecías, concluyeron que debian hacerle morir ¹.

No se deja ver sombra de diversidad de opi-

¹ *Multi ergo ex Judæis, qui venerant ad Mariam et Martham, et viderant quæ fecit Jesus, crediderunt in eum. JOANN. XI. 45.*

² *Collegerunt ergo pontifices et pharisæi concilium, et dicebant: Quid faciemus, quia hic homo multa signa facit? Ibid. 47.*

³ *Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum; et venient Romani, et tollent nostrum locum, et gentem. Unus autem ex ipsis, Caïphas nomine, cum esset pontifex anni illius, dixit eis: Vos nescitis quidquam. Nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat. Hoc autem à semetipso non dixit: sed cum esset pontifex anni illius, prophetavit, quòd Jesus moriturus erat pro*

nion, ni apariencia de duda en cuanto á la verdad de los milagros del Salvador, aun entre sus enemigos. Su tierna caridad se extendia á todas las miserias humanas; bastaba acercarse á él para recibir como una fuerte emanacion de vida.

« Paróse Jesus en cierto parage del campo con sus discipulos, y una multitud inmensa que habia venido de toda la Judea, y de Jerusalem, y de las partes marítimas, y de Tiro, y de Sidon para oírle, y para sanar de sus enfermedades... Y toda la turba procuraba tocarle; porque salia de él una virtud que los curaba á todos ».

Si estos prodigios renovados á cada instante, no hubieran sido verdaderos, ¿cómo hubiera ido siempre en aumento la confianza de los pueblos?

gente: et non tantum pro gente, sed ut filios Dei qui erant dispersi, congregaret in unum. Ab illo ergo die cogitaverunt ut interficerent eum. JOANN. XI, 48 y sig.

Et descendens cum illis, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis... Et omnis turba quærebant eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. LUC., VI, 17, 18, 19.

¿Cómo le hubieran traído enfermos que curar de todas partes? Enfermos de toda especie, y que *todos* experimentaban igualmente la eficacia de su poder. Y esto sin cesar, en presencia de una multitud inmensa, que corria, no solo de toda la Judea, sino aun de los reinos vecinos, para ser testigos de estas maravillas; en presencia de los sacerdotes y de los doctores humillados, y carcomidos de la envidia; en presencia de todos los enemigos del Cristianismo naciente, que se tomaban algunas veces el cuidado de verificar todas las circunstancias del milagro, para ver si pudieran lograr descubrirle falso, como se deja ver en la historia del ciego de nacimiento: y tanto exámen, tantas diligencias dirigidas por el mayor odio, jamas pudieron tener otro resultado que patentizar y justificar mas y mas la realidad incontestable de los milagros obrados por el Salvador. *Es de manifiesta verdad y no podemos negarlo*, como ellos decian de los milagros de los Apóstoles. ¿Qué

1 JOANN. IX, 1 y sig.

2 Quid faciemus hominibus istis? Quoniam quidem notum

mas se quiere? ¿Qué mas para que un milagro sea cierto? ¿Se volverá otra vez á negar su posibilidad? ¿Se preferirá negarse á la razon y condenarla á morir en las angustias del absurdo, antes que ser cristiano, antes que vivir la vida que vino á traernos el hijo de Dios?

Pero, con respecto al que sabe entenderlo, ¿cuál es, y cuán invencible la fuerza del testimonio unánime de un pueblo contemporáneo? Y no es esto todo, aquel pueblo infiel ha reconocido continuamente hasta nuestros dias una *excepcion real de las leyes de la naturaleza* en los milagros del Salvador; y los paganos han formado el mismo juicio. Sabios, ignorantes, judíos, idólatras, todos dan un voto unánime sobre la naturaleza evidentemente milagrosa de las obras de Jesucristo. Todos ellos lo han dicho todo, lo han consentido y admitido, lo han dado por supuesto, antes que mirarlos como acontecimientos naturales. Unos los han atribuido al poder del nombre inefable de Dios, que Jesus habia ro-

signum factum est per eos, omnibus habitantibus Jerusalem: manifestum est, et non possumus negare. Act., IV, 16.

bado del templo, otros al poder de Belcebú, algunos, como Porfirio, á la comunicacion con los dioses benéficos, llamada *theurgia*, casi todos á los secretos de la magia; y queda reservado á los incrédulos el ver si pueden satisfacerles estas explicaciones.

Siempre será cierto que los prodigios obrados por Jesucristo, y por los Apóstoles, son verdaderos milagros, por confesion de todos los hombres que fueron testigos, ó que oyeron hablar de ellos; por confesion de los judios, de los paganos**, de los cristianos, de los musulmanes;

* Esto es lo que se ve en los pasages de los autores judios y paganos anteriormente citados.

** San Justino que escribia al medio del segundo siglo, remite á las actas, hechas por Poncio Pilato, á los que pongan duda en las circunstancias de la pasion de Jesucristo ó sus milagros, como la curacion de los enfermos ó la resurreccion de los muertos. *Apolo-*

log., I, n. 45. « Los Persas llaman al poder que Jesucristo tenia para hacer milagros, *Bad Messih*, el viento ó el soplo del Mesias. « Dicen, que por su soplo resucitaba los muertos, etc. » (D'HEBBERLOT, *Biblioth. orient.*, art. *Bad Messih*, tom. I, p. 522.) — El autor del *Methnevi-Mánevi*, parafraseando un pasage del Coran, dice: « El Mesias, por un lado, resucita á Lázaro, y por otro « veis unos judios consumidos de envidia y rabia. »

porque he aqui en qué términos el falso profeta de los Arabes hace hablar á Dios en el Coran: « Hemos dado á Jesus, el hijo de María, signos « manifiestos, y le hemos fortificado por el Es- « piritu santo; » y él llama en otra parte á estos signos *milagros patentes* ».

Si, olvidando testimonios tan numerosos y decisivos, se consulta al mundo entero ó al sentido comun de todos los hombres, para saber si hechos tales como los que cuenta el Evangelio están en el orden de la naturaleza, ó si forman por el contrario *excepciones reales de sus leyes*; ¿duda alguno cuál será su respuesta?

Es preciso por tanto, ó negar el sentido comun, ó confesar los milagros de Jesucristo, y con ellos la santidad, la divinidad del Cristianismo; pero

« *We gave unto Jesus the son of Mary manifest signs, and strengthened him with the holy Spirit.* SALE, *The Koran translated*, cap. II, tom. I, p. 47. Londres, 1764.

« *We gave evident miracles to Jesus, etc.* (*Ibid.*, p. 47.) Véase tambien cap. III, p. 64. — *Ibid.*, XLIII, tom. II, p. 564. — *Ibid.*, cap. LXII, p. 456. — Da él igualmente testimonio de la mision divina y de los milagros de Moises. *We formerly sent Moses with our signs.* (vol. II, cap. XIV, p. 62.) — *Ibid.*, cap. LVIII, p. 110. — *Ibid.*, cap. XXIII, p. 181.

antes de explicar esta última consecuencia, debemos hablar del milagro mas augusto del Salvador, el de su resurreccion *, que tuvo la particularidad de haberse obrado sin persona intermedia por la virtud misma que estaba en él.

Los profetas habian vaticinado que el Cristo resucitaria † al tercer dia ‡, y Jesucristo mismo habia profetizado muchas veces á sus discipulos, preparándolos para su pasion §. Mas, ya porque esta prediccion hubiese hecho en sus espiritus una impresion poco profunda, ya que la muerte

* Hay cuatro obras donde se examina la resurreccion de Jesucristo con todas sus circunstancias, y rodeada de todas sus pruebas. Convidamos al lector para que las consulte. Estos son los titulos: *La Religion chrétienne démontrée par la résurrection de Jésus-Christ*; por Homfroi Dilton, 4 tom. en 4°. *Les témoins de la résurrection de Jésus-Christ examinés et jugés selon les règles du barreau*; por Sherlock, 1 vol. en 12. *Observations sur l'Histoire et sur les preuves de la résurrection de Jésus-Christ*; por Gilbert West, 1 vol. en 12. *An illustration of the general evidence establishing the reality of Christ's resurrection*; by George Cook, 1 vol. en 8°.

† Ps. LX, 9, 11, 12 y XV, 10.

‡ OSE., VI, 3.

§ MATTH., XVI, 21 y XVII, 22. — MARC., X, 34. — LUC., IX, 22: XVIII, 33 y XXIV, 7.

de Jesus, y el terror que pudo inspirarles ella misma conturbase su fe, parecia que tenian perdida toda esperanza. Su misma flaqueza, permitida por Dios, debia añadir, segun sus designios una nueva fuerza á las pruebas de esta misma resurreccion gloriosa de su hijo.

Consideremos con seriedad sus principales circunstancias. El Salvador, apurado ya por los tormentos que habia padecido, está clavado á la cruz y queda en ella expuesto á los ultrajes de una furiosa multitud. A este mismo tiempo corria su sangre sobre el género humano, cumpliéndose así, el misterio de la redencion: Jesus espira en la cruz á vista de todo el pueblo, y de los soldados romanos que le custodiaban, para que no pudiese su muerte presentar la mas pequeña duda, y la naturaleza misma quiso, en cierto modo, testificarla cubriéndose de luto, por medio de las tinieblas prodigiosas que penetraron á los mismos gentiles †. Testigos de este prodigio y de algunos otros que los judíos confiesan ‡,

† TERTULLIAN., *Apolog.*, cap. XXI.

‡ Talmud, *Tract. de fest. Expiat.* — JOSEPH. *De bello Jud.*,

el centurion y sus soldados exclamaron llenos de terror. *Este era ciertamente el hijo de Dios*.

Cuidase de quebrar las piernas á los malhechores crucificados con Jesucristo para que murieran cuanto antes; pero cuando llegó este caso, Jesus habia ya consumado su sacrificio, y estaba escrito, que no se le rompería ningun

lib. VII, cap. XII, lib. VI, cap. V. Véase tambien TACIT., *Hist.*, lib. V, cap. XIII.

¹ *Jesus autem iterum clamans voce magna emisit spiritum. Et ecce velum templi scissum est in duas partes à summo usque deorsum, et terra mota est, et petrae scissae sunt, et monumenta aperta sunt, et multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt. Et exeuntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem, apparuerunt multis. Centurio autem, et qui cum eo erant, custodientes Jesum, viso terrae motu et his quae fiebant, timuerunt valde dicentes. Verè filius Dei erat iste. MATTH., XXVII, 50 y sig. — El terremoto, dice Bergier (*Traité de la vraie Religion*, cap. IV, § 42, tom. IX, pág. 157) se halla testificado por un monumento irrecusable, por el modo con que la roca del Calvario está rajada ó hendida. Viageros é historiadores muy instruidos como Millar, Fleming, Maundrell, Shaw y otros, atestiguan, que la dicha roca no está hendida naturalmente por las vetas de la roca, sino de un modo evidentemente sobrenatural. (*Rép. crit.*, tom. I, p. 547. — FLEMING, *Christology*, vol. II, p. 97.) « Si yo quisiera negar, » dice San Cirilo de Jerusalen, « que Jesus ha sido cruci-*

ficado. Para que tuviera otra profecía ² su debido cumplimiento, le pasaron el costado con un bote de lanza, y salió sangre y agua. Hacia el fin de la tarde le descenden de la cruz. Josef de Arimatia y Nicodemo, porque los Apóstoles habian huido, embalsaman el cuerpo, le envuelven con lienzos y fajas, y le depositaron en un sepulcro abierto en una piedra, y cubrieron la entrada con una grande losa ³.

Sin embargo los principes de los sacerdotes y los fariseos se presentan á Pilato y le dicen : « Hacemos memoria de que este seductor decia, cuando vivo : resucitaré al tercer dia. Ordenad pues que se guarde el sepulcro hasta el tercer dia, no sea que vengan sus discípulos y le roben, » y digan al pueblo : Resucitó, y entonces habrá ficado, este monte Golgota sobre el que ahora estamos reunidos, me lo haria saber. » *Cat.*, XIII.

² *Os non comminuetis ex eo.* (JOANN., XIX, 36.) — *Exod.*, XII, 46. — *Numer.*, IX, 42. El cordero de la Pascua de los Judios era la figura del cordero, inmolado por nosotros, y borra el pecado del mundo.

³ *Videbunt in quem transfixerunt.* (JOANN., XIX, 37.) *ZACHAR.*, XII, 40.

³ JOANN., XIX, 52 y sig. — MATTH., XXVII, 57 y sig.

otro error peor que el primero. Pilato les dijo: « Ya teneis las guardias; andad y guardadle como mejor os pareciere. Ellos entonces se marcharon y pusieron guardias al sepulcro, y sellaron la piedra ».

¡Qué de precauciones contra unos hombres ya dispersos por el miedo! Olvidándose los Apóstoles de las promesas de su Maestro, habian vuelto á sus barcas y redes. Parecia que habia fenecido el Cristianismo, nacido apenas, y la cruz que debia triunfar del mundo no inspiraba sino espanto á los mismos, que debian anunciar al mundo sus glorias, predicándola por todas las naciones.

Tan lejos estaban de pensar en robar el cuerpo de Jesus, sus discipulos, que no atreviéndose ni á ir á su sepulcro para hacerle los últimos obsequios, tan debidos al *que tanto los habia querido*, que fué preciso tomarán á su cargo este deber tres mugeres menos cobardes que ellos ². Mas, se hicieron necesarias todas las precauciones to-

¹ MATTE. XXVII, 63 y sig.

² MARC., XVI, 1. — LUC., XXIV, 1.

madas por los sacerdotes y fariseos, para cerrar la puerta de la sospecha de robo, y los judíos mismos tomaron á su cargo el justificar el milagro, que consumaba su propia condenacion.

Ni aun sabian las santas mugeres, que el cuerpo de Jesus estuviese embalsamado, y fueron al sepulcro con el ánimo de cumplir este lúgubre ministerio, y de dar *al Hijo del Hombre* esta última prueba de ternura y respeto ¹. No tenian otro fin, ni otra esperanza; ¡tan olvidada y tan distante estaba la idea sobre la resurreccion, aun de los entendimientos de los que habian permanecido fieles!

Al llegar al sepulcro, María y sus compañeras le hallan abierto; hallan el *sepulcro glorioso*, antes vaticinado por el profeta ². Habíase cumplido ya el misterio de la resurreccion. En este tiempo habia temblado la tierra, habia descendido un ángel del Señor y levantado la losa sepulcral; brillaba su rostro como el relámpago, sus vestidos eran blancos como la nieve, y los

¹ LUC., XXIII, 56 y XXIV, 1.

² ISAI., XI, 10.